

# D. TELESFORO BRAVO EXPÓSITO

5/1/1913 - 7/1/2002

Eustaquio Villalba Moreno

(Miembro de la Asociación)

**E**stábamos todos muy cansados, el vuelo desde San Miguel, en las Azores, se había retrasado y aún nos aguardaba una larga noche en el aeropuerto de Lisboa; había que aguantar hasta las ocho de la mañana, hora a la que tenía previsto salir el vuelo para Madrid. La fatiga acumulada, y las pocas horas dedicadas al sueño durante el viaje a las Azores, estaba pasando factura y nos obligó, paradójicamente, a deambular por los largos corredores.

El premio era encontrar alguna fila de asientos libres que permitiera pasar con mayor comodidad las horas de espera. Pero lo único que encontramos fueron las miradas decepcionadas de los que desandaban las interminables galerías jalonadas de comercios y bares, en su mayoría cerrados. Pronto, esquinas y recovecos fueron ocupados por los bolsos y mochilas utilizados como improvisados apoyos para los maltrechos cuerpos.

El suelo me resultaba muy incómodo y decidí acercarme al bar que estaba a esas horas abierto; en una de las mesas estaba absorto D. Telesforo escribiendo en su

cuaderno de notas. Con un vaso de cerveza a medias y la serenidad de su rostro componía una escena que parecía sacada de una terraza al aire libre a la hora del aperitivo. Realmente, me pareció incongruente esa imagen en un entorno de derrotados viajeros. Estaba perplejo, casi me duplicaba la edad pero mi rostro, estoy seguro, estaba marcado por la fatiga y las muchas horas sin dormir. Por supuesto, en esos momentos me sentía absolutamente incapaz, no sólo de escribir, sino de cualquier otra cosa que no fuera buscar un lugar cómodo donde pasar la aburrida espera. Levantó la vista y me dijo: "¿Te acuerdas de las fallas de la isla de Fayal?" Y, al mismo tiempo, me señaló la silla que tenía al lado. Si, claro, le contesté, aceptando su invitación a compartir la mesa. Comenzamos a hablar, mejor dicho, empecé a preguntar y a escuchar y, de repente, los altavoces me devolvieron la conciencia del lugar y de las horas transcurridas.

Experimenté la gran diferencia entre el tiempo percibido y el real, de lo cortas que son las horas disfrutadas y lo largas que resultan las que acompañan al tedio de la



jo en las galerías de agua o de su estancia en los desiertos de Irán, salpicaron la conversación. Esa noche D. Telesforo me enseñó muchas cosas, me regaló un montón de horas, me quitó el malhumor y convirtió la espera en uno de esos recuerdos que todos atesoramos y revivimos.

Al leer los artículos publicados a raíz de su fallecimiento, me di cuenta que éste era uno de los rasgos de su personalidad que más había impactado en su familia, en sus amigos y en sus discípulos. Su conversación siempre humilde, y un punto socarrona, utilizaba las palabras con inteligente ironía; eran la expresión, aparentemente ingenua, de

espera. Ya no estaba desesperado aguardando que los rosados dedos de la aurora comenzaran a calentar los cuerpos y a alentar los ánimos, de hecho, el amanecer ya teñía los ventanales y no me había dado cuenta. Durante horas me recreó las islas de las viejas fotos de blanco y negro, la sociedad que pasó de la carreta al automóvil, la misma que vivió la ilusión de la República y la dura realidad del franquismo. Las anécdotas de sus excursiones con Hausen, las penosas condiciones del traba-

quién ha puesto toda su ilusión en satisfacer las ansias de conocer, entender y explicar los misterios de la naturaleza.

Esa noche, cuando le expresé mi admiración por su fortaleza física, me confesó, entre risas, que él iba a vivir ciento cuarenta años. Era verdad, D. Telesforo seguirá estando con nosotros mientras mantenemos viva su memoria todos los que tuvimos la suerte de gozar de su magisterio, de su amistad y de su afecto. ●